44
d- QUIROGA →

En los tres yacimientos descritos, se ha podido observar cierta homogeneidad en la cerámica de cada lugar, lo que no sucede en Quiroga donde se encuentran entremezclados los más variados tipos, tanto en su técnica como en su ornamentación, lo que se podrá comprobar examinando las figuras insertadas en el texto, y en sus formas, según demuestran los gráficos de la casilla respectiva del C.S.F.

Pero fuera de los abundantes restos arqueológicos, Quiroga resulta también un Eldorado para el paleontólogo. Hemos comprobado la riqueza de estos yacimientos con unos centenares de piezas que conservamos en nuestra colección; además podemos afirmar que la capa fosilífera se encuentra a una profundidad no mayor de 3 a 5 metros que rara vez sobrepasa. Eso no quiere decir que hayamos efectuado grandes y costosas excavaciones, que estaban lejos de nuestro alcance, en busca de piezas paleontológicas. Hemos aprovechado únicamente el momento propicio, cuando la explotación de los bancos de ripio obligaba a remover el subsuelo y separar dicho material de la arena que completaba este horizonte hasta llegar a la superficie de la capa loesode, impermeable a presiones normales. Los hombres que trabajaban en estas tareas, sea a jornal o a destajo, no han podido dedicar mayor atención a la conservación de estos preciosos documentos; mucho se ha destruido y otro tanto lo han llevado personas desconocidas. Tuvimos que dedicar el mayor tiempo posible para estar presente en este trabajo porque era la única forma de salvar algo de lo mucho que había. Así, en una ocasión llegamos a tiempo para fotografiar el lugar donde momentos antes se había extraído las dos defensas de un mastodón, con su correspondiente paladar que conserva los molares "in situ" y que pudimos sumar a nuestra colección. Para mejor ilustración insertamos la fotografía mencionada (ver figura del texto) en la que se distingue la superficie del suelo y el lugar del hallazgo a una profundidad de 3,50 metros. Estos depósitos de ripio (canto rodado) se encuentran, en general, a relativamente poca profundidad, sin embargo, es menor en las cercanías de las barrancas del río y aumenta progresivamente a modo que ascienda la cota del terreno hacia el ferrocarril. Por una parte es curioso que, a pesar de su proximidad, nunca hayamos encontrado ni siquiera un fragmento de cerámica en los depósitos de ripio y arena, lo que por otra parte se explica, por cuanto los roedores que pueblan en grandes cantidades las capas superiores y que son los que generalmente llevan los restos de cacharros a mayores profundidades, no han podido hacerlo en este caso porque la índole de los estratos no les permitía instalar sus galerías.

Los yacimientos arqueológicos están ubicados a 150 metros de la barranca del río, término medio, y se extienden más o menos mil metros sobre el curso del agua. Debemos exceptuar algunas piezas que hemos encontrado sobre la misma barranca, las que trataremos separadamente, por cuanto no guardan tampoco relación con el resto de la alfare-

ría del lugar. En esta existe también mucha diversidad de formas y técnica, y a pesar de ellos, no encontramos ningún indicio que permita deducir la mayor o menor antigüedad de los distintos tipos, porque no hay superposición estratigráfica, sino todo parece entremezclado, extendiéndose en el mismo estrato en sentido horizontal. La comparación de formas en el cuadro respectivo como la descripción detallada de las piezas que daremos en seguida, explicarán las diferencias existentes.

Iniciamos la descripción de la interesante serie de alfarerías encontradas en Quiroga, con dos urnas que pertenecen al tipo que llamamos de "apéndices cónicos". Debe señalarse que es el punto más occidental de la zona explorada donde estas han aparecido. Las figuras 14 y 15 del C.S.F. representan sus formas, donde también se puede observar la diferencia en la ubicación de los apéndices. La urna, fig. 14, es la única que conocemos, donde estos apéndices salen netamente del cuello; en la otra, fig. 15, ocupan la parte inferior del cuello y la superior del cuerpo, mientras más adelante veremos, que se apartan más y más del primero.

La fabricación de estas urnas es rústica; la materia prima, sin seleccionar ni mejorarla especialmente, ha sido empleada como la proporcionaba el lugar. La técnica de construcción ha sido el sistema de los rodetes; la superficie es áspera, aunque en las dos urnas citadas parece haber existido un intento de alisamiento sin terminarse la operación, lo que podría deducirse de ciertas rayas que se observa sobre el material del cuerpo, producidas probablemente por un hueso que ha servido de pulidor. Los fondos son planos y amplos, de 10 a 15 centímetros de diámetro, aunque verdaderamente no se puede hablar de un círculo porque poca o ninguna atención se ha prestado a este detalle, tan diferente en otros tipos de alfarería donde los círculos son siempre matemáticamente exactos. El grosor de las paredes varía de 8 a 12 milímetros. Posteriormente a la cocción se ha pintado la superficie de estas urnas, en negro de humo que se borra con toda facilidad.

Como ya se ha dicho, Quiroga es el punto más occidental donde hemos hallado este tipo de urnas, y es indiscutible que su número aumenta progresivamente cuanto más se avanza en dirección al sud. La ubicación de estas urnas con relación a otras, nos hizo sospechar que no pertenecían al acervo más antiguo, aunque tampoco al más moderno, por cuanto los restos óseos que contenían, tanto de adultos como de párvulos, estaban bastante destruidos y en extremo frágiles. Como se verá más adelante, la experiencia recogida en otros yacimientos tiende a confirmar esta suposición.

El término "apéndices cónicos" debe ser comprendido como nombre genérico por que éstos poseen formas muy diversas; a veces son cónicos y alargados, con los extremos doblados para arriba o para abajo o al costado, otras veces presentan la forma de una nariz o pico de ave, de ambos lados o solamente de un lado, mientras en el otro se ob-

serva un apéndice ancho, colocado horizontalmente, que más bien parece representar la cola de un pájaro. Los extremos terminan en punta o en dos cuernos; a veces en cabezas zoomorfas, ornitomorfas y hasta antropomorfas, muy estilizadas. No es posible aplicar a estos apéndices el término "asas" por cuanto en ningún caso podrían servir de asideras para levantar la pieza a que pertenecen.

Este tipo de alfarería ha aparecido con más abundancia en la cuenca de los ríos Dulce y Salado de Santiago del Estero; pero ningún autor ha subrayado su existencia ni la ha comentado especialmente; todo se reduce a señalar simplemente su aparición como veremos en seguida. Ambrosetti encontró urnas de este tipo en Pampa Grande, Provincia de Salta, en el año 1905, y publicó su hallazgo en el año subsiguiente en su trabajo "Explofaciones arqueológicas en la Pampa Grande", Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras, N° 1, año 1906; pag. 93, fig. N° 94; pag. 95, fig. N° 99 y pag 109, fig. N° 115. Al pié de esta última encontramos la inscripción "urna negra", sin especificar si se trata de alfarería negra o de alfarería ~~negra~~, pintada en negro. Hemos tenido oportunidad de ~~ex~~aminar las piezas citadas en el Museo Etnográfico, a cuyas colecciones pertenecen, pudiendo establecer que se trata de urnas pintadas en negro. Ambrosetti no dedica ningún comentario especial a estas urnas, las que consigna simplemente como "toscas y negras". Interesante es una observación de este autor que encontramos en la página 93, cuando dice: "Más profundamente (refiriéndose a la urna N° 94) yacía una urna pintada (tipo santamariano)....". Esta observación señala la superposición de una urna con apéndices cónicos sobre otra del tipo santamariano, lo que podría indicar una menor antigüedad para la primera o, por lo menos, una convivencia algo distanciada en el tiempo.

En la Argentina, esta clase de alfarería parece limitarse a Pampa Grande y a la Provincia de Santiago del Estero, pero rastros de la misma hemos encontrado en dos lugares extraterritoriales. En efecto, en el mes de Abril del año 1944 recibimos un trabajo del señor Carlos A. de Freitas titulado "Alfarería del Delta del río Negro", publicado en la "Revista Histórica", año XXXVI (segunda época), tomo XIII, Nos. 38 y 39, Montevideo, Diciembre 1942, donde encontramos en la página 45 los gráficos Nos. 8860 y 9116/9117, cónico el primero y zoomorfo el segundo, bajo la denominación "apéndices", que se parecen a los conocidos de Santiago del Estero y de Pampa Grande. Con respecto al apéndice cónico dice el autor en la página 55: "El número 8860 ha pertenecido evidentemente a una vasija de gran tamaño, tiene forma cónica alargada, mide 8,5 centímetros de largo por 3,5 centímetros en lo que respecta a su proximidad a la base. Dicho fragmento presenta en algunas partes de la superficie señales de haber estado ligeramente "barnizado" con un color crema". En el Uruguay no se ha encontrado hasta ahora ninguna urna entera de este tipo, pero la gran cantidad de fragmentos, encontrados en el mismo lugar y que

indiscutiblemente han pertenecido a vasijas de gran tamaño, permiten esta suposición. (Comunicación epistolar del señor Freitas).

Otro dato interesante con respecto a la aparición de estas urnas agradecemos al Director del Instituto Arqueológico de la Universidad Nacional de Córdoba, Profesor Antonio Serrano, quien nos llamó la atención sobre una publicación de la Revista de la Sociedad Científica del Paraguay, tomo V, N^o 1, Agosto 15 de 1940, firmado por el profesor Dr. Schmidt, actual titular de la cátedra de Arqueología y Etnología de la Universidad Nacional del Paraguay, quien en un trabajo titulado "Un viaje por Matto Grosso" publica en la figura 55 una urna funeraria del mismo tipo, procedente de las cercanías de Descalvados sobre la margen izquierda del río Paraguay, Estado de Matto Grosso, Brasil. En el texto da las medidas exactas de la misma, pero no le dedica ningún otro comentario.

Los gráficos correspondientes a este tipo de alfarería insertaremos, reunidos en una lámina, en la tercera parte de esta obra, donde haremos el estudio comparativo de la misma.

La figura 16 del C.S.F. representa una urna que contenía restos de párvulo y se aparta en cierto modo de los cánones de la alfarería santiagueña, quiere decir, de la relación casi constante entre la altura y el diámetro que se observa en las urnas de los principales yacimientos estudiados. Esta relación se caracteriza en la mayoría de los casos por la ecuación altura igual a ecuador, como si fuera una ley establecida, siendo las diferencias insignificantes, en caso que existan.

En nuestra urna, la diferencia es solamente de 5 centímetros, pero el aspecto de la misma la distingue netamente del tipo común, a lo que contribuyen, sin duda, las asas planas, colocadas en la parte inferior del cuerpo, sea como adorno, sea por espíritu de imitación, lo que consideramos más probable, ya que no tiene ninguna misión especial que cumplir, dado que la urna no ha sido construida por mitades, sino colocando rodete sobre rodete hasta terminar la pieza. Tiene un aire familiar con ciertas urnas precedentes de La Rioja, aunque aquellas no concuerdan del todo en la forma. La superficie exterior ha sido semi-alisada, lo que ha producido cierto brillo en las partes que ha alcanzado. Por otra parte, carece de cualquier otro adorno y conserva en general un tono ocre claro que en el cuello tiende a rojo.

En la urna de la figura 17 del C.S.F. aumenta la desproporción de medidas entre la altura y el ecuador y resulta de 2:1 respectivamente. El hallazgo de esta urna fué casual; estaba en un lugar sobre la barranca del río, retirado del núcleo principal de la antigua población indígena. Es una verdadera historia. En una de estas siestas estivales santiagueñas, cuando los rayos de un sol abrasador hacen casi prohibitivo dejar el amparo de un techo, recorrimos las barrancas y las zanjas profundas de la costa para

estudiar la estratificación de sus paredes, cuando vimos una iguana que desapareció entrando en una galería subterránea. Con el propósito de dar caza a la iguana, excavamos el túnel que, a un metro bajo la superficie del terreno, entraba horizontalmente en la barranca. A 1,50 metros de la entrada dimos con las paredes de una pieza de alfarería que después resultó ser la urna mencionada, la que más adelante describiremos detalladamente. El lagarto perseguido salió huyendo del interior de la misma. Prosiguiendo la excavación encontramos en primer lugar los fragmentos de la tapa que nos permitieron, felizmente, reconstituirla completamente. Era un puco de construcción rústica, de color natural y sin decoración alguna. Sin embargo, tiene una particularidad interesante que no hemos observado en ninguna otra pieza: en el fondo se había practicado, antes de la cocción, un agujero de 5 centímetros de diámetro cuyos cantos han sido redondeados. En las paredes de la misma urna se ha abierto dos pares de agujeros contrapuestos, de un centímetro de diámetro cada uno, en la forma indicada en la figura señalada. El material que ha servido para la fabricación de esta urna ha sido muy bien seleccionado y aun mejor preparado; recuerda el material empleado en las urnas figuras 10 y 11 del C.S.F., descritas en el yacimiento de Soria. El grosor de las paredes es también idéntico. La superficie exterior ha sido alisada e íntegramente pintada en rojo, lo que se puede deducir de los vestigios que aun existen. Esta urna no posee asas y su fondo es romo.

No conocemos ninguna pieza santiagueña que se asemeja a esta urna, pero Boman encontró en un lugar llamado El Carmen, Valle de Rosario de Lerma, Provincia de Salta, tres urnas ápodas antropomorfas cuya forma y medidas son similares a la descrita.

La figura 22 del C.S.F. corresponde a dos urnas del mismo tipo y las que estaban colocadas a la par. La construcción de las mismas es rústica, aunque la materia prima había sido bien seleccionada y preparada; la cocción es perfecta. Las paredes tienen un espesor de 6 a 8 milímetros; además poseen fondo plano y asas planas a la altura del ecuador, lo que significaría la fabricación por mitades, la que efectivamente ha tenido lugar. No hemos podido reunir todos los fragmentos que pertenecen a ambas urnas, pero lo suficiente para reconstituirlas. El color es el natural, terracota algo claro, producido por la cocción; no tienen ninguna decoración. La relación de las dimensiones, 1:1, la falta de decoración a pesar del material bueno y las asas planas con la fabricación por mitades, constituyen las características de todas las urnas que clasificamos como pertenecientes a la alfarería policroma, debiendo limitarse lo dicho a las urnas funerarias. Podemos asegurar que en los yacimientos donde prevalece este tipo de alfarería, no hemos encontrado ninguna pieza que se aparte de esta regla; pero también es característico que todas estas urnas funerarias cuentan con una tapa que consiste en un puco, esmeradamente ~~pintado~~ fabricado y primorosamente pintado. La colocación de estas

tapas es siempre boca arriba, y por consiguiente, la decoración pintada en negro y rojo sobre fondo crema, se encuentra del lado interior, con excepción de un sólo caso que conoceremos en el yacimiento Vilmer Norte. La figura 18 del C.S.F. representa la forma de ambos pucos, mientras las figuras y del texto reproducen los diseños de los mismos, los que no resultan otra cosa que dos estilizaciones del mismo objetivo. Haremos mención de un tercer puco, procedente del mismo lugar, que coincide en la forma y que está pintado, también del lado interior, en dos colores sobre fondo crema. El desarrollo del diseño reproducimos en la figura del texto.

Los restos óseos que contenían ambas urnas, pertenecían a personas adultas, una en cada una, en extremo fragiles, por lo que fué imposible conservarlos.

Como en las piezas descritas en el parrafo anterior, las figuras 19 y 23 del C.S.F. corresponden a una urna funeraria con su respectiva tapa, las que, por consiguiente, deben ser tratados en conjunto. Muchas dificultades hemos tenido que vencer para sumar estas piezas a nuestra colección. Ahí va su historia. Una mañana, pasando por el camino a Quiroga, observamos, ya cerca a la entrada a esta población, a poca distancia de la misma, a un grupo de personas que estaban observando algo que había en el suelo. Despierta nuestra curiosidad, nos arrimamos y tuvimos la suerte de contemplar algo que ni antes ni después hemos tenido oportunidad de ver. Estos hombres habían estado arando la tierra, cuando uno de los arados tropezó con un objeto duro que volcó haciéndolo pedazos. Aparecía la boca de una urna en cuyo interior no había entrado tierra a pesar del tiempo que debe haber transcurrido desde que fué depositada, y sobre un fondo de arena yacían tres cráneos a la par, el más grande en el medio y a cada lado uno más chico. Ha sido la primera y única vez que vimos que se había dado sepultura a varios cadáveres en una sólo urna. En toda forma tratamos de adquirir intacto tan precioso documento, pero no fué posible. El dueño del terreno y descubridor de la urna, Benito Barraza, se negaba terminantemente a entregarla o a venderla. Movido seguramente por su espíritu supersticioso - herencia de sus antepasados, y aun hoy rasgo innato de muchos pobladores santiagueños -, nos dijo tranquilamente: "Aunque me pague 100 pesos, no podría entregarle la urna, por cuanto debo velar primero los restos, para no sufrir daño en mi familia". Nada había que hacer y teníamos que conformarnos con ver cómo levantaban la urna que estaba intacta, y la trasladaban a la casa, distante unos trescientos metros del lugar. Allí la depositaron en una "pirua" (pequeño depósito para productos agrícolas) que previamente habían desocupado. Las únicas personas que han visto la urna "in situ", recién descubierta, ha sido el citado Barraza con sus dos hijos, Aparicio Diaz quien nos acompañaba, y el autor de este trabajo. Ofrecemos el testimonio de estas personas que estarían en condiciones de corroborar nuestras aseveraciones. Lo único que, en este momento, pudimos

recoger en el lugar, han sido los fragmentos de la tapa que felizmente permitieron su completa reconstitución con excepción del pedazo que fué destrozado por la punta de la reja.

Habíamos encarecido a Barraza no tocar el contenido de la urna, pero a los quince días, cuando volvimos a visitarlo, encontramos la urna vacía y los restos óseos, completamente destruidos, amontonados sobre el piso de la pirua, rodeados de velas encendidas. El velatorio duró tres meses, y con eso Barraza dió por satisfecho las malquerencias de algún espíritu maligno que temía, y convencido de haber alejado todo peligro de su familia. Pero aun en este momento, y considerando el estado lamentable en que se encontraban los restos óseos, no había forma de adquirir la urna. Pasaron unos seis meses más, y un día se presentó Barraza en nuestra casa para pedirnos un servicio que felizmente estábamos en condiciones de satisfacer. Nada se habló de la urna, pero al día siguiente volvió, trayéndola con los restos óseos para demostrar su gratitud. Así ingresó a nuestra colección.

La urna es de tamaño amplio y de formas simétricas, aunque el diámetro es algo mayor que la altura; a pesar de estar construida en una sola pieza por el sistema de los rodetes, tiene asas planas, colocadas en la parte inferior del cuerpo. El fondo es plano y amplio; el cuello acusa una ligera curvatura hacia adentro, por lo que se reduce el diámetro de la boca. La superficie exterior está recubierta rústicamente, y en parte decorada con surcos producidos por los dedos. Como adorno lleva en la parte superior del cuerpo, cerca de la base del cuello, dos apéndices zoomorfos, contrapuestos, probablemente cabezas de jaguar o de gato montés, con líneas verticales grabadas que cortan el párpado inferior, lo que excluye considerarlos como tatuajes, y debe admitirse que se trata de lágrimas. Entre ambas cabezas hay de cada lado dos pares de barretas, en relieve, con impresiones digitales en el plano superior.

La tapa es de un material mucho más fino y bien alisada en la superficie, pero no tiene ninguna ornamentación ni presenta vestigios de haber estado pintada.

Parece posible que este puco haya sido fabricado ex profeso para el uso como tapa de esta urna porque asienta perfectamente en las paredes de la misma, y en la parte donde ha tocado a los apéndices, se nota en el material unas arrugas como si hubiera sido probado en estado fresco. Corrobora esta hipótesis el hecho de que el puco no tiene fondo plano sino forma esférica; como también el buen ajuste del borde cuyo labio ha sido doblado hacia afuera. Esta circunstancia, quizás, ha impedido que entrara tierra en el interior de la urna. Lo dicho no deja lugar a duda que el puco ha estado puesto boca abajo.

El puco-tapa está provisto de dos asas planas, contrapuestas, cuyo borde exterior está dividido por una ranura ubicada en el centro del mismo. Las asas planas de la

urna poséen en el mismo lugar idéntica ranura. Ahora bien, en caso de colocar el puco-tapa en la única posición en que ajusta sobre las paredes, las ranuras coinciden verticalmente, lo que permite suponer que han servido para atar las dos piezas en el momento de la sepultura. Los hermanos Wagner a quienes habíamos facilitado esta urna en el año 1932 para su estudio, la reproducen en el I. tomo de la "Civilización Chaco-Santiagoña", pag. 222, figuras 355bis a 359, y dicen respecto al puco-tapa: "...que encajaba exactamente sobre el cuello y desempeñaba el papel de tapa", agregando: "aunque no debe suponerse que haya sido fabricado ad hoc...". Como se vé, disentimos con la opinión de los señores Wagner. Las reproducciones de los señores Wagner son dibujos, y los gráficos que insertamos en las figuras y del texto, han sido tomados fotográficamente, la primera sin tapa y la segunda con la tapa "in situ".

La figura 20 del C.S.F. representa una urna que, si bien guarda la proporción de 1:1 y posée asas planas sobre el ecuador, tiene un aspecto distinto a la forma común de la figura 22, como si fuera un eslabón intermedio entre esta y la figura 16. A pesar de que se asemeja en la forma, ha sido construida por mitades, con fondo amplio, cuello recto, con el labio doblado hacia afuera. Con excepción del cuello que ha sido alisado sin que existiera ornamentación alguna, el resto de la superficie está recubierto rústicamente, y en la base del cuello, cerca de ella, aparecen tres figuras formadas con tiras de pasta superpuestas, de 8 milímetros de alto por 12 milímetros de ancho, con impresiones digitales conforme a la técnica ya conocida. Cada una de estas figuras consiste en una línea ondulada.

El puco que ha servido de tapa de esta urna es interesante, porque en Quiroga es la única pieza de este tipo de fabricación y ornamentación que se ha encontrado hasta ahora.

Fabricado con sumo esmero, se ha engobado la superficie exterior con un material finísimo, color ocre-~~claro~~ rojo, muy bien pulido y brillante. Sobre este fondo rojo se ha pintado la decoración en color negro. El desarrollo de la misma se reproduce en la figura del texto.

La urna fig. 21 del C.S.F., exceptuando unos centímetros de diferencia en las medidas, es igual a la representada en la fig. 4 del yacimiento de Acosta, con la que coincide tanto en en la técnica de construcción como en su ornamentación.

Por otra parte, la misma forma aparece en Quiroga con una decoración completamente distinta, como también se nota ciertas diferencias en la preparación de la superficie. El cuerpo, como en las anteriormente descritas, ha sido recubierto en forma rústica, pero no existen señales de haber sido repasado con los dedos. A pesar de poseer asas planas en el ecuador, fué fabricada en una sólo pieza. Ambos cuellos y hasta pasar

la base del segundo un centímetro hacia abajo, han sido groseramente alisados, percibiéndose claramente las rayas producidas por el hueso usado en la operación. Los dos cuellos han sido pintados después en color rojo, cuyo matiz se asemeja mucho al color que Lafone Quevedo ha llamado "granate". La existencia de varias manchas que han quedado sin ser alcanzadas por la pintura, demuestra la poca pulcritud que los artistas han empleado en su trabajo. El segundo cuello está limitado en la parte inferior y superior con un cinturón de color negro de los cuales parten, en sentido contrario, cuatro escalonados cuyos extremos, de dos en dos alargados, se entrelazan formando grecas. El primer cuello está adornado con seis cruces, pintadas en negro, cuyo eje horizontal es más largo que el vertical. La urna descrita es rigurosamente entera y de regular tamaño (54 centímetros de alto); sin embargo, el peso de la misma no guarda proporción con esta medida, por cuanto es excesivo en comparación con el peso de la mayoría de las urnas encontradas, lo que resulta un indicio seguro para juzgar el espesor de las paredes. Poseemos otras dos urnas de este tipo, pero de mucho menor tamaño y de una ejecución más esmerada. Ambas carecen de las cruces en el cuello, pero en el segundo se observa la misma decoración de escalonado y grecas, si bien con ligeras variantes. Las tres urnas han sido funerarias, conteniendo la primera restos de adulto, y las otras dos, restos de párvulo.

Al lado de la urna grande se halló una jarra que es una artística representación del pavo del moste (Penelope obscura); las características de esta ave han sido también figuradas que no permiten ninguna duda respecto al original. En las figuras y del texto reproducimos esta jarra vista de frente y del costado. A pesar de haber sido encontrada tan cerca de la urna grande descrita, no es posible asegurar que haya pertenecido a un ajuar funerario por cuanto ningún otro factor ha venido a corroborarlo. Por un defecto de construcción que presenta, la urna grande se ha reproducido en la figura del texto en el II. Capítulo de la I. Parte, inciso f, "Deformaciones".

Con una pequeña pieza que encontramos ultimamente se completa el cuadro de sorpresas que nos había reservado este yacimiento. Se trata de una representación antropomorfa en forma de un vaso de 135 milímetros de alto, formando la boca el lugar que correspondería a la calota del cráneo. Está decorado en tres colores: rojo y negro sobre un fondo engobado de color blanco.

La figura del texto es una reproducción fotográfica de esta pieza y demuestra que ésta se divide en tres partes: la cabeza que forma el cuello del vaso termina en la parte inferior con una gruesa línea roja que la separa del cuerpo; este ocupa 80 milímetros y arranca en la base del cuello con el mismo diámetro de aquello o sean 60 milímetros para aumentar paulatinamente hasta la mitad del cuerpo, de donde empieza a

reducirse nuevamente hacia abajo para llegar a 45 milímetros en el fondo plano. Es evidente que el artista ha querido figurar un vestido que cubría las extremidades superiores y todo el cuerpo hasta los pies que indudablemente han existido, porque en el lugar que les correspondería, se encuentran dos fracturas.

Como se ha dicho, la parte superior del cráneo falta y forma la boca del vaso; el resto está representado en todos sus detalles. La parte anterior, la cara, debe haber tenido la nariz en relieve, aunque se haya desprendido, sobre la cual se unían los arcos superciliares formando las cejas. Los ojos, también en relieve, aparecen bien abiertos y en posición ligeramente oblicua. Están ubicados dentro de una franja roja que cubre toda la parte superior de la cara desde el borde del vaso hasta abajo del párpado inferior, cubriendo también la nariz; debajo de esta parten tres líneas rojas que llegan hasta la boca. Los pómulos están pintados con líneas rojas que, a nuestro juicio, no deben interpretarse como lágrimas, por cuanto no arrancan del párpado inferior y mucho menos lo cortan, sino de una línea negra horizontal debajo de los ojos. El tatuaje, así debe llamarse, consiste en dos pares de líneas verticales, alternando los colores rojo y blanco, en forma simétrica en ambos pómulos.

Las orejas, en relieve, algo más grandes que les correspondería en proporción con la cara y situadas en la base de la cabeza, están horadadas en la mitad del lóbulo. La boca está marcada por una profunda incisión, debajo de la cual se levanta un mentón prominente, lo que también podría significar un labio inferior abultado, quizás, por el uso del tembetá.

Para concluir con este yacimiento ~~restanos~~ mencionamos una urna funeraria que encontramos sobre la barranca del río, en un lugar distante unos trescientos metros al sud del núcleo principal del mismo. El hallazgo de esta urna fué casual. Después de una tormenta apareció en la superficie de la tierra el círculo de la boca; el cuello, propiamente dicho, había sido destruido y llevado por las aguas. Del mismo existen solamente algunos fragmentos de la base que podrían permitir la reconstitución de su forma. La decoración que evidentemente ha poseído, quedará perdida. *Esta urna hemos* ~~La reproducción~~, tal cual está, en el ya mencionado Capítulo II., inciso f, de la I. Parte, conjuntamente con la urna grande. La superficie exterior ha sido engobada en color ocre-claro, pintándose el diseño en color negro. Este forma un dibujo curioso y, sobre todo, muy raro en Santiago del Estero, por cuanto se trata de un animal misterioso, fabuloso con seis extremidades, bicéfalo, con cabezas de lechuza.

La figura del texto representa el desarrollo de la figura en cuanto ha sido posible reconstruirlo.